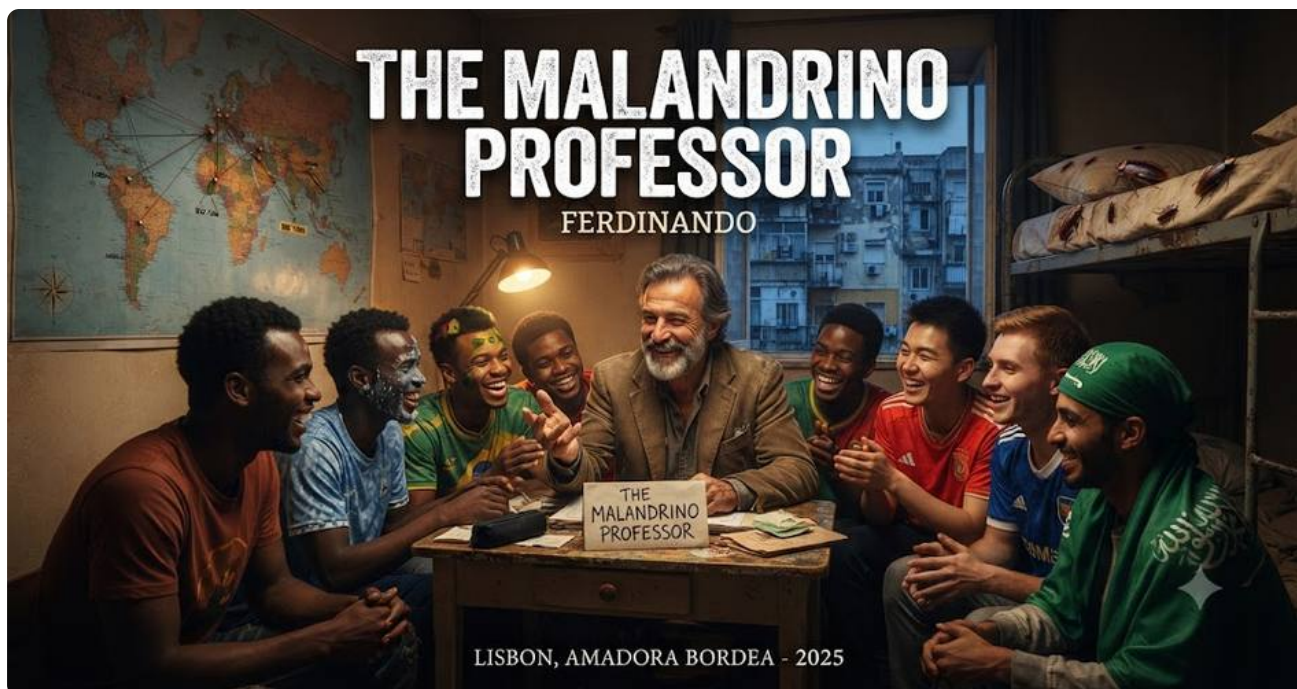




El profesor Malandrino

Gillette Narrative — Nando el Escriba

gillettenarrative.com

Al día siguiente tenía una cita para alquilar un apartamento. La ciudad de Lisboa era fantástica, pero difícilmente asequible dado el coste de los alquileres, y me vi obligado a terminar en la última frontera de la capital, los arrabales históricos: AMADORA BORDEA.

La zona era típica porque albergaba la patria de la comunidad extranjera portuguesa, aunque no solo a ciudadanos de Portugal: también a unos cuantos infiltrados, como yo.

Padre e hijo llegaron a darme la bienvenida, pero cuando puse un pie dentro de la casa me mostraron una litera compartida con otras tres personas, en un cuarto de nueve metros cuadrados, en un apartamento de tres habitaciones, nueve personas, un baño, una pequeña cocina, tres frigoríficos y cucarachas como huéspedes residentes, todo en unos sesenta metros cuadrados, por doscientos treinta euros al mes.

Aquello me dejaba exactamente setenta euros al mes para comer y vivir, pero comprendí algo más: estaba atravesando un curso sobre cómo los pobres deben aprender a administrar la riqueza, y eso no lo enseña nadie.

Uno a uno, los muchachos se acercaron a presentarse, diciendo su nombre y su país de origen, observándome para adivinar cómo me comportaría y si era racista.

A todos les di una sonrisa y un saludo en su propia lengua: ANGOLA, MOGADISCIO, SANTO TOMÉ, BRASIL, PORTUGAL, CHINA, RUSIA y ARABIA SAUDÍ.

Aquella noche me invitaron a su cena: habían preparado la ocasión para darme la bienvenida. Yo era el mayor del grupo, y tras veinte minutos de charla tímida con todos, mi nueva identidad portuguesa nació en el instante en que me oí llamar:

El Profesor Malandrino.

Eran todos muchachos jóvenes que habían dejado atrás madres, esposas o novias, lejos de casa y de las personas que amaban, y decidí contarles una historia verdadera, salida de la experiencia; a cambio obtendría de cada uno una reacción que me ayudaría a medir su carácter y su personalidad.

Ninguno conocía mi método.

Les conté que en 2021 me había permitido unas vacaciones en Brasil, en la ciudad de Natal, un lugar conocido por sus dunas y sus rituales locales, donde, al pasar el día a la noche, las chicas en lo alto de la duna bajaban de espaldas, abriéndose camino hacia cada hombre que esperaba impávido al pie, para conocerlo y construir nuevas relaciones, quizá incluso un futuro para ellas mismas.

Permanecí en aquella ciudad cuarenta días, fue en verdad mi cuarentena brasileña, pero nunca participé en el juego. Seguí siendo un espectador, y observé.

Hoy pienso, más que nunca, cuánto me sirvió de verdad conocer Brasil, incluso con la inesperada llegada de la mujer que dirige Gillette, y si alguna vez ella me preguntara por su tierra, podría decirle:

EL RITUAL DE LAS DUNAS, LO CONOZCO, PERO NUNCA PARTICIPÉ, PORQUE NO OFREZCO A NADIE UN FUTURO, SOLO EL PRESENTE.

Lo que más me impresionó en aquella ciudad fue la historia con la hija del rector, a quien conocí por azar un lunes por la noche en una fiesta de solteros.

Llegué con cien tarjetas de papel que había preparado, con mi nombre y un número de teléfono brasileño, que intercambiaba con las mujeres del local, las que me gustaban y decían ser solteras, divorciadas o viudas. Al día siguiente encontré a cuatro de ellas en el supermercado, haciendo la compra con maridos e hijos, y no hubo palabras, solo miradas silenciosas.

Camilla, la hija del rector, era una mujer hermosa y arrolladora. Fue ella quien me llevó a su casa a las dos de la tarde y me hizo marcharme a las diez de la noche, y fue allí

donde comprendí que mi colega del piso de arriba había querido castigarme, hacerme entender que una mujer puede vencer a mil hombres, pero mil hombres no pueden vencer a una sola mujer.

Sin entrar en detalles, la llevé enseguida después a cenar a un restaurante italiano y pedí dos botellas de vino blanco y catorce langostas solo para ella. El camarero brasileño preguntó si quería alguna bruschetta, pero el agotamiento —o mi traicionero oído— me hizo percibir la palabra como «bussetta», y yo ya estaba exhausto y listo para huir.

Todos los muchachos de la sala se reían, con cara de hipnotizados: seguían atrapados en la versión Amazon de doce páginas de cómo se vende el amor. ¿Cómo podía continuar sin arriesgarme a que estallaran?

Cerré la conversación y me fui a dormir.

A la mañana siguiente, todos en la casa iban diciendo «bussetta brasileña» y «bussettero», que en el español de Colombia significa conductor de autobús, pero el juego de palabras hacía sonreír a todos de todas formas.

Me marché el 22 de noviembre de 2025, y a todos les dio pena verme partir; hasta las cucarachas que dormían conmigo en mi cama tuvieron un momento de tristeza, porque solo en ese instante, cuando has sido feliz con alguien y se marcha, comprendes lo que nunca volverás a tener.

Ferdinando